

la justa colaboración de ambas patrias, cada una en la plena autonomía de su personalidad, es de donde resultó lo que sin mengua para ninguna se puede y debe llamar «civilización hispánica».

Entendidos de este modo el *Sebastianismo* y el *Quijotismo* como reglas de pensar y de sentir, prontamente se adueña de nosotros la visión de la unidad peninsular en aquel superior significado moral y cultural en que es imperioso tomarla. No se niega con ello—enérgicamente lo repito y afirmo—lo que es propio e inalienable, tanto del alma castellana como del alma portuguesa. Portugal es el *Cancionero*, es la poesía lírica, es el *Encubierto*, es la vocación marítima, es la novela del Amor. A su vez Castilla es la vocación terrestre, es el *Romancero*, es Don Quijote, es la novela de costumbres, eternizada en sus varios Lazarillos, Alfaraches y compañía. Histórica e ideológicamente corresponden, pues, a una unidad ultranacionalista, que no podría existir ni completarse nunca sin la independencia de esos sus dos aspectos inconfundibles. ¡En ellos reside el secreto (1) inmortal del alma de la Península, goteando siempre como la simbólica granada, su fuerte y generosa sangre, para que de la faz del mundo no desaparezcan ni los supremos arrojos, ni las grandes aspiraciones!

(1) Fijándonos en la manera cómo en el «Quijote» se trata al «Amadís», podemos admitir que el hidalgo manchego es una proyección castellana del caballero portugués.

EL LIENZO DE LA VERONICA

Refléjese de esta forma, en el dominio de lo espiritual, lo que en el campo de las características físicas imprime fisonomía a la Península: «Los trabajos de Fischer y Kohl—dice al hablar de este asunto en su monografía *A terra portuguesa*, el señor Machado y Costa—suponen al país como una región perfectamente distinta de España, dándoles su situación geográfica la impresión de una Holanda de la Península Ibérica; otros geógrafos, sin embargo, con una noción más precisa de la posición relativa de ambos países, consideran a Portugal como un plano inclinado occidental de la Península, al cual la exposición de gran parte suya a los vientos oceánicos y la influencia del Gulf Stream (1) imprimen caracteres climatológicos propios. Según Reclus, la Península Ibérica debe ser considerada como un todo geográfico, en que la separación en dos estados distintos, justificada sin la menor duda, por un gran número de contrastes, no impide que el organismo europeo hispanolusitano sea un miembro indivisible; lo considera este geógrafo como una sola y misma tierra,

(1) Más propiamente debiera llamarse «corriente de Alaminos». (Nota del traductor.)

con los mismos orígenes e historia geológica, formando un todo completo por su arquitectura de altiplanicies y montañas, como también por la red circulatoria de riberas y de ríos». Sin embargo... Sin embargo, el autor del estudio *A terra portuguesa* (1) afirma en seguida sin tardanza: «La estrecha relación de la geología y de la geografía y la mutua dependencia de estas ciencias no consiente que en la resolución del problema de la unidad geográfica se pueda hacer abstracción de los fenómenos geológicos que intervinieron en la formación del suelo portugués; el estudio de su evolución orográfica, en especial, nos lleva naturalmente a seguir las ideas de Reclus, acabadas de exponer, con las ligeras modificaciones que las preceden. El territorio portugués representa, pues, una larga faja occidental de la Península, a la que la influencia del Atlántico imprime caracteres fisiográficos verdaderamente distintos: el mayor porcentaje de humedad en la atmósfera produce una diferencia tan acentuada en el brillo del aire y del cielo de Portugal, en relación con las provincias españolas vecinas, que algunos viajeros han tenido la impresión, al pasar la frontera, de que la región se cambiaba como por milagro».

Pues es exactamente, en esa gradación de la luz de nuestro cielo, en la que se traduce, desde los elementos naturales a los psicológicos, toda la razón de ser de la nacionalidad lusitana. Si en las opiniones intermedias del autor de *A terra portuguesa* hay tibiezas a veces, ya de antemano quedaron rectificadas. Lo que ahora es interesante comprobar es cómo su

(1) Lisboa, 1915.

testimonio de geógrafo se ajusta sinceramente, por lo que respecta a los factores intelectuales y morales, al de un crítico ilustre, el malogrado Monís Barreto, en su magnífico estudio *A literatura portuguesa* (1).

«La función que nos cupo en la historia a los peninsulares es el Heroísmo y la Fe—escribe Monís Barreto—. Desprovistos de imaginación penetrante y del don de una vasta comprensión, faltos de gran simpatía, y de una curiosidad infatigable, triunfamos por la energía de la voluntad y por la grandeza del carácter. El fondo de ese carácter es el honor militar. La capacidad de afirmar y de querer, de obedecer y de sentir la adhesión, una tendencia singularmente noble de transformar el mundo a la imagen de nuestro ideal, una generosa impaciencia de perfección, el desdén de la belleza plástica y de las delicadezas aristocráticas, un pensamiento simple como un acto, la pasión concentrada y la seriedad trágica, son otros trazos del genio peninsular. Este genio produce una singular concepción de la Vida, que se manifiesta por una religión realista y violenta, por una política absoluta e insensata, por la preponderancia del genio de la aventura y la ausencia de una capacidad práctica; que pone el amor en el casamiento, el ideal en la acción, la belleza en el valor moral; que inspira los mayores prodigios de energía en el mundo moderno y hace que nuestra historia sea como el lienzo de la Verónica, la sangrienta efigie de nuestra alma. Importado a la literatura este genio, produce un lirismo robusto y monótono, un teatro desprovisto de análisis de los caracteres, pero animado por las ideas

(1) *Revista de Portugal*, volumen I, Porto, 1889.

del honor y de la muerte, sátiras de un sarcasmo violento, romances en que la acción absorbe al análisis y que son la pintura de la realidad cruda y fea, y la mayor de las modernas epopeyas.»

«Pero para producirlo fué precisa la intervención del genio portugués—prosigue Monís Barreto—. Del cuerpo de las poblaciones ibéricas, dominadas y unificadas por el genio cástellano, destácase por la influencia accidental de influencias históricas una estrecha faja marítima. Esta estrecha faja se constituye en nación independiente, y durante cien años ejerce un papel culminante en la historia moderna. Con un sincronismo necesario a esta explosión de vida activa, coincide una breve, pero espléndida, floración literaria. Si estudiásemos los documentos que la constituyen y completásemos ese estudio con el examen de las producciones que daten del renacimiento romántico, nada hallaremos en ellos que diferencie esencialmente nuestro genio del de las poblaciones ibéricas constituídas en nación española, como nada encontraremos, geográfica y étnicamente, que pueda fundamentar la autonomía de nuestra vida política. Pero un examen más atento descubrirá ciertas cualidades secundarias que, dando una fisonomía peculiar a nuestro espíritu, se reflejen en nuestra literatura: una mayor capacidad de comprender y asimilar, una menor energía de afirmación y creencia, una sensibilidad más delicada y profunda, un carácter menos vigoroso y más noble, más razón y menos voluntad, héroes más humanos y mujeres más mujeres, algo de saudoso y vago, de grave y triste, más húmedas entrañas, y el don de las lágrimas. Estos trazos se manifiestan en nuestra literatura por un li-

rismo profundo y sentido, expresión de un alma amorosa y hechicera; por un teatro capaz de pintar caracteres y de reflejar la vida; por una, aunque tardía floración de romances, en que el análisis del corazón no es anulado en provecho de la acción, y finalmente por una creación ética en que la grandeza heroica del genio peninsular está basada en moldes de una nobleza esencialmente nuestra. Si esos trazos no son bastantes para constituir un genio aparte, son al menos suficientes para dar a nuestra literatura un carácter peculiar y para asegurarnos en un futuro próximo una saludable intervención en la marcha de cultura de los pueblos peninsulares.»

Hijo de una dolorosa época, Monís Barreto, aunque dotado de excepcionales facultades constructivas, no puede huir al nefasto criticismo que entolda desastrosamente la bella obra de Oliveira Martins. Aceptando la falsa teoría del Acaso, que para Oliveira Martins significaba la única dinámica generadora de nuestra existencia de pueblo libre, Monís Barreto le aceptaba igualmente las erróneas conclusiones. No hay ya para nosotros peligro alguno en aquellas de sus palabras menos exactas. Poseemos—al contrario de lo que suponía su pesimismo—abundantes cimientos geográficos y étnicos para que no subsistan casi sólo por concesión graciosa o fortuita de la casualidad. El propio Moniz Barreto se veía impelido a confesarlo, destacando para la psicología portuguesa aquella gradación de tintas, aquella misma transparencia cromática en que la humedad del Océano encuadró a Portugal desde el fondo de los siglos.

Somos señores de una raza fuertemente marcada,

somos señores de un territorio nítidamente individualizado. Lo que sucede es que, ni las particularidades físicas de la patria portuguesa ni los atributos morales del genio lusitano, aunque nos distinguen con tan sobrado vigor, nos consiguen separar del resto de la Península, impidiendo que nuestra historia, la historia, común de portugueses y castellanos en sus sacrificios por la civilización, «sea como el lienzo de la Verónica, la sangrienta efigie de nuestra alma».

Pero si ese concurso de circunstancias varias nos distingue sin separarnos, nadie piensa también en ignorarlo, soñando con un unitarismo aberrativo y artificial, tal como lo construyó el delirio iberista de algún ideólogo truculento que, juzgando servir a la gloria de su patria, no hizo sino aumentar la vieja colección de yerros políticos, cuyas consecuencias están tan a la vista— ¡consiéntaseme el desahogo!— en la desgraciada situación subalterna de la Península.

Bien reconozco lo que el asunto tiene de melindroso: pero, en verdad, se me hace indispensable abordarlo de frente para que me pueda pronunciar con más autoridad y para que mi voz encuentre en Portugal el eco favorable que tanto ambiciono para ella. Prefiero con todo verme sustituido en tan delicada cuestión por quien ofrece mayores garantías de imparcialidad y de serenidad de ánimo. « ¡No, señores, la culpa no hay que buscarla fuera!—ya decía, hará unos cinco años, en conferencia pública, el ilustre catedrático don Eloy Bullón y Fernández—. Somos nosotros, portugueses y españoles, y más los españoles que los portugueses, los que tenemos la responsabilidad de que el estado de las relaciones entre am-

bos pueblos no sea el que debería ser» (1). Y después de referirse, no sin motivo justificado, al interés que «en algunos momentos ha habido por parte de las oligarquías políticas de Portugal en mantener recelos y desvíos contra España, a pretexto de que aquí se pensaba en absorciones o conquistas», el señor Bullón y Fernández no duda en declarar con loable sinceridad que, «lejos de eso, no han faltado algunas veces, del lado de aquí, de España, proyectos poco meditados, publicaciones, discursos no muy prudentes, que en lugar de contribuir a estrechar las relaciones entrambos pueblos han servido, bien a pesar de la excelente intención de sus autores, para envenenar las relaciones de ambos países».

No perdiendo nuestro tiempo con publicaciones de menor categoría, un conocimiento mayor de la vida española nos aclara, a nosotros los portugueses, suficientemente, sobre la significación social e intelectual de ciertos nombres que de este lado de la frontera nos surgen como portaestandartes de una tendencia iberista que en realidad no existe en España; deseo aludir a las reflexiones que el fracaso de los conspiradores de 1648 mereció a Cánovas del Castillo. No nos olvidemos todavía cuáles fueron: «Si alguna vez Portugal y Castilla con Aragón—dice el eminente estadista de la Restauración en su *Historia de la decadencia de España*—se juntaren de nuevo y para siempre, realizando las miras de la Providencia, que hizo tales pueblos hermanos, sería de esta manera: viniendo una dinastía portuguesa a sentarse en el Trono español». Una experiencia se intentó realmen-

(1) Obra citada, páginas 11-12.

te en ese sentido (y sin duda Cánovas del Castillo no la ignoraría), cuando después de la abdicación de Isabel II, la corona de San Fernando anduvo por Europa mendigando una cabeza en que asentarse. Prim puso los ojos en don Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha, viudo de nuestra doña María II y padre del Monarca entonces reinante en Portugal. Ya en Diciembre de 1865 el nombre del Rey don Luis se aclamó en Madrid, en ocasión de una de las muchas agitaciones políticas que precedieron a la revolución de 1868. Había en eso un evidente propósito de unitarismo ibérico, proyecto acariciado desde el principio del siglo por las Asociaciones secretas peninsulares, a las cuales no se mostraron extrañas en Portugal la conspiración de 1817, que llevó a la horca al general Gomes Freire, y la revolución de Porto, de 24 de Agosto de 1820, de la que derivó en 1822 nuestra primera Constitución. Más tarde se pensó en el casamiento de Isabel II con don Pedro V. Fallada esa tentativa, la idea volvía a renacer con Prim y con sus simpatías por don Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha. El fin que se pretendía con semejante preferencia dinástica manifestábase transparentemente. «Les progressistes ainsi que la fraction des démocrates qui ne se prononce pas pour la république, ont un idéal politique tout autre, qu'ils caressent depuis de longues années—refiere H. Léonardon en su libro *Prim* (1)—. Ils rêvent de réunir sous un même sceptre le Portugal et l'Espagne, et déjà en Decembre 1865, en acclamant bruyamment à Madrid, le roi dom Luiz c'était en faveur de l'union ibérique qu'ils

(1) París, 1901, página 135.

se manifestaient. La révolution faite, il semble que leur rêve va pouvoir se réaliser, soit qu'ils donnent la couronne d'Espagne a don Luiz ou qu'ils l'offrent à son père, le roi veuf de Portugal, Ferdinand de Cobourg. Dans le premier cas, c'est l'union immédiate; dans le second, elle est préparée et, par une transition naturelle, s'effectuera à la mort de Ferdinand».

De aquí resultó la venida a Portugal, en Enero de 1869, de Fernández de los Ríos, como emisario de Prim, a don Fernando. Todo nos lo cuenta Fernández de los Ríos en su libro *Mi misión en Portugal* (1). Conducido por el marqués de Niza y vencidas bastantes dificultades, pudo el enviado de Prim hablar a don Fernando. Fué en Cintra, en el castillo de la Peña, en un «magnífico bosque de incomparables camelias».

«Al cabo de un rato—dice Fernández de los Ríos—apareció en lo alto de un sendero un hombre alto, de gallarda figura, vestido con un chaquetón y una especie de gregüescos de terciopelo verde, botas altas de campaña y sombrero negro de alas muy anchas, enteramente la silueta de un personaje de Van Dick...» Encerrado en una excusa cortés, pero sistemática, don Fernando despistó por completo al pobre emisario de Prim, sobre todo con su enigmática sonrisa, «una sonrisa que no sabía yo cómo interpretarla, si como una señal de satisfacción o de ironía». Le tranquilizó el marqués de Niza diciéndole «que era nerviosa y habitual en don Fernando, cuando le preocupaba algo fuertemente».

(1) París-Lisboa, sin fecha.

Así, en el bosque «de incomparables camelias», el trono de San Fernando fué ofrecido a otro Fernando, que, Príncipe sibarita y escéptico, bien lejos estaba de ser digno de la herencia gloriosa de su glorioso homónimo. No seguiremos aquí los enmarañados hilos de esa aventura diplomática. La intriga siguió, sin embargo, sus pasos. Y aun en el libro de Fernández de los Ríos es donde podríamos ver cómo fracasada la hipótesis de don Fernando, por oposición de las Tullerías, en donde la influencia de la Emperatriz Eugenia se hacía sentir a favor del que más tarde había de ser Alfonso XII, se pensó sin más ni más en el nombre de don Luis.

«Se trata, en una palabra, de don Luis, Rey de Portugal, por medio de la reunión de los dos Reinos, bajo el cetro único del representante de la Casa de Braganza..., España y Portugal, reunidos bajo el mismo cetro en la Monarquía de don Luis; es decir, un país tan poblado como la Francia, de los más favorecidos por la naturaleza, con un litoral magnífico, una posición excepcional, formarían un inmenso e imponente reino, con el cual habría que contar». En estos términos se expresaba ya un folleto publicado en París en el año anterior de 1868, *Don Luis Roi d'Espagne et de Portugal*, por un tal F. Van Veerseen. Y el plan que había que ejecutar consistía en mantener la autonomía de Portugal y España, aun cuando la persona del Rey fuese común.

«Los Ministerios de cada una de las naciones serían independientes, excepto los de Guerra y Hacienda; el Rey residiría en Madrid, pero iría a Lisboa para presidir la apertura del Parlamento. En suma:

España y Portugal llegarían a ser lo que hoy son Austria y Hungría» (1).

Ya se afirmaba que el Rey don Luis había empeñado su palabra aceptando las proposiciones que con tanta insistencia le dirigían desde Madrid. Se hizo tan pronunciado el rumor, que en 26 de Septiembre de 1869, el hijo de doña María II se creyó en el deber solemnísimo de desmentir los rumores, que de día en día aumentaban. Como un documento digno de recordarse, reproduzco la carta de don Luis que dice como sigue (2): «Mi querido duque: Palacio de Mafra, 26 de Septiembre de 1869. Constándome que algunos diarios aseguran que en virtud de combinaciones hechas anteriormente en París voy a abdicar en mi hijo, bajo la regencia de mi augusto padre, la Corona de Portugal para aceptar la de España, y deseando que tan infundado rumor no tome incremento, ni que se me atribuyan en asunto de tamaña gravedad intenciones que no existen en mi espíritu, pídele, mi querido duque, que se haga desmentir la noticia con la mayor brevedad».

«Si la Providencia reserva a mi Patria días de dolorosa prueba, espero confiado en el amor del país y en la alianza sincera de la libertad con el Trono poder resistir a esas terribles eventualidades. Mi puesto de honor es al lado de la nación. Sabré cumplir los deberes que el amor de las instituciones y la lealtad para con mi patria me imponen. Portugués nació, portugués quiero morir. Su afectísimo, Luis».

(1) Fernández de los Ríos, obra citada, página 258.

(2) En la imposibilidad momentánea de obtener el original portugués, la traduzco del libro de Fernández de los Ríos. La carta del Rey don Luis está dirigida al duque de Loulé.

La actitud nobilísima del Rey don Luis queriendo morir portugués, como naciera, nos demuestra claramente que la promesa contenida en las reflexiones de Cánovas del Castillo, habiendo llegado casi a las puertas de la realidad, no consiguió deslumbrar la vanidad del Monarca lusitano. Ya algo semejante sucedió siglos atrás con don Alfonso IV, suegro de Alfonso XI, y como él, héroe también del Salado. En las luchas que desmembraron la Monarquía castellana en tiempos de Pedro I, un bando inquieto de nobles, revueltos contra el Rey, ofreció la Corona de Castilla al Príncipe de Portugal, más tarde igualmente Pedro I. Al frente de ese bando figuraba la poderosa familia de los Castro y el favorito don Juan Alfonso de Alburquerque, el del *Ataúd*. Declarándole guerra don Pedro I, el de Castilla, «el antiguo favorito contestó a ella conviniéndose con los bastardos don Enrique y don Fadrique para realizar un levantamiento que arrancase la corona a don Pedro y la pusiese en cabeza de un hijo del Rey de Portugal, nieto de Sancho IV, el cual, si aceptó en un principio, rechazó luego la candidatura por recomendación de su padre» (1).

En líneas tan sencillas se contiene la llave del enigma histórico de la muerte de Inés de Castro, que el lirismo innato del alma portuguesa poetizó con un alucinante aroma de leyenda. Hermana de algunos de los principales comparsas de la conjura, Inés de Castro, insigne aventurera, fué el principal instrumento empleado para atraer al plan a nuestro Prín-

(1) Don Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española*. Tomo, I, página 600. Madrid, 1913.

cipe don Pedro. Cuenta J. B. Sitges en su curiosísima monografía *Las mujeres del Rey don Pedro* (1), al aludir al casamiento del desgraciado Monarca castellano con doña Juana de Castro, que «mientras éste (don Pedro) preparaba su boda, don Enrique y don Fadrique se confederaban con Alburquerque y acordaban ofrecer la corona de Castilla al Infante de Portugal, y los encargados de seducir al Infante fueron precisamente doña Inés de Castro y don Alvar Pérez de Castro, los hermanos bastardos de doña Juana». La muerte de Inés de Castro no fué por esto la consecuencia de un crimen. Murió ejecutada por su traición al Estado. Sabiamente don Alfonso IV previno los males que para la soberanía y tranquilidad de su reino representaba el ofrecimiento de los conjurados castellanos, y no dudó en el camino que debía seguir, sacrificando los naturales impulsos de su corazón al interés supremo de su pueblo. Otro tanto, aunque en menos trágicas condiciones, ocurrió con don Luis. Hurtándose al deslumbramiento de una corona más aparatosa, aunque se expusiese con su negativa a ver su trono barrido por el viento revolucionario que agitaba a España entera—esto es lo que quería decir con lo de los «días de dolorosa prueba» en su carta al duque de Loulé—, don Luis, como don Alfonso IV, su antepasado, salvaba patrióticamente a Portugal de una guerra inevitable, si, por ventura, la unión de los dos cetros se llegase a efectuar.

No hay, en verdad, en esta cuestión de las relaciones peninsulares, como sistema fecundo y dura-

(1) Madrid, 1910. Páginas 408 y 409.

dero, sino el recurso pacífico de la alianza. Grandezas imperiales, sueños unitaristas, todo son quimeras nefastas, que traen consigo un mar sin fondo de desilusiones y de desastres. Valientemente lo dijo Ganivet: «No hay medio de jugar con la historia; los hechos no se repiten a capricho, ni se pueden volver atrás para rectificar lo que ya salió imperfecto en su origen. La verdadera ciencia política no está en esos artificios: está en trabajar con perseverancia para que la realidad misma, aceptada íntegramente, dé en el porvenir, avanzando, no retrocediendo, la solución que parezca más lógica. Este es el único medio que tiene el hombre de influir provechosamente en el desarrollo de los sucesos históricos: conociendo la realidad y sometiéndose a ella, no pretendiendo trastocarla ni burlarla. La unidad ibérica no justifica nuevas divisiones territoriales ni un cambio en la forma de Gobierno, porque la causa de la separación no está en estos accidentes, sino en algo más hondo y que no conviene ocultar: en la antipatía histórica entre Castilla y Portugal, nacida acaso de la semejanza, del estrecho parecido de sus caracteres. La única política sensata, pues, será aplicarnos a destruir esa mala inteligencia, a fundar la unidad intelectual y sentimental ibérica; y para conseguirlo, para impedir que Portugal busque apoyos extraños y permanezca apartado de nosotros, hay que enterrar para siempre el manoseado tema de la unidad política y aceptar noblemente, sin reservas ni maquiavelismos necios, la separación como un hecho irreformable» (1).

(1) *Idearium español*, páginas 112 y 113.

¡Tal es la verdadera doctrina! La lección de la historia nos enseña que, al cabo de tantos siglos de tentativas recíprocas de entendimiento y aproximación, todavía no se ha dado un solo paso de evidente provecho. Y todo, ¿por qué? Porque la sirena de la ambición, vertiendo su estrofa pérfida en el oído de los Monarcas y de los políticos, les interceptó la comprensión exacta de un problema tan simple, tan sencillo de plantear. La culpa, confesémoslo, es tanto de España como de Portugal. La desconfianza entre las dos patrias, la criminal indiferencia en que ambas se alejan la una de la otra, no viene de ayer, ni de antes de ayer. Porque es conveniente repetirlo y acentuarlo: que si existió para Portugal un *peligro español*, existió también para España un *peligro portugués*. Ese peligro continúa existiendo de la parte de Portugal, no por Portugal, manifiestamente, sino por las posibilidades de una guerra en que las costas de Portugal facilitasen un desembarco de las fuerzas enemigas de España. En esto estriba el por qué, dentro de la propia Península, España no es dueña de sus movimientos y por qué le debe interesar el atraer a Portugal, alejando de una vez para siempre el espejismo de una unificación que nunca fué posible, ni nunca lo será. De otro modo, desmembrados y divididos, la historia de la Península jamás dejará de ser como el lienzo de la Verónica—según la inolvidable imagen de Monís Barreto—, ¡la estampa ensangrentada de nuestro lento e irremediable suicidio!